

¿Por qué nos cuesta buscar a Dios? // Juan José Estévez

La iniciativa divina en la búsqueda de Dios

Buscar a Dios no es una iniciativa humana, sino una obra que Dios mismo despierta en el corazón. Sin su intervención, el hombre no tendría el deseo genuino de acercarse al Creador. Nuestro mayor problema es que somos intermitentes en esa búsqueda, lo que trae frustración tanto a nosotros como a quienes nos observan, porque un deseo inconsistente no produce fruto alguno. Dios desea que le busquemos cada día, no solo por conveniencia o en momentos de necesidad, sino movidos por su propio Espíritu.

La naturaleza humana y la búsqueda de Dios

La naturaleza humana, inclinada al pecado y la incredulidad, impide que busquemos a Dios sinceramente. Muchas veces nos acercamos a Él solo por motivos egoístas, buscando un beneficio personal y no una relación profunda. Sin embargo, buscar a Dios no se limita a asistir a reuniones o expresar adoración; significa seguirle con todo el corazón, dejando que su amor transforme nuestro interior. Dios es celoso de nuestra vida y no comparte su lugar con otros dioses. Él desea que le sirvamos con pasión y entrega total.

El ejemplo de David en el Salmo 63

El Salmo 63 refleja la profundidad de la intimidad de David con Dios. Aun en medio del desierto, huyendo de sus enemigos, David encontraba su mayor refugio en la presencia divina. Para él, conocer a Dios era un bien superior a cualquier otro. Las

adversidades no le apartaban del Señor, sino que lo impulsaban a buscarle con más intensidad. David comprendió que la verdadera vida solo tiene sentido cuando el amor y la adoración por Dios son el centro de todo.

La importancia de la intimidad con Dios

Es Dios quien provoca el deseo de buscarle, y solo cuando respondemos a esa iniciativa podemos experimentar una relación genuina. David entendía que incluso el deseo de orar o adorar debía nacer de la acción de Dios en su corazón. Cuando el hombre intenta buscar a Dios por su propio esfuerzo, cae en la frustración. Pero cuando el Espíritu despierta esa pasión, la búsqueda se vuelve constante y sincera.

La búsqueda de Dios como prioridad

Buscar a Dios con todo el corazón implica que no hay lugar para otra prioridad en la vida. Él debe ser el eje de todo, no una consecuencia de nuestras circunstancias. Dios mismo es el origen del deseo de buscarle. Por eso, en lugar de culparle por nuestra indiferencia, debemos responder con humildad a su llamado. Él pone en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad, conduciendo nuestras vidas hacia su presencia.

La revelación de Dios a través de Jesús

Dios es quien busca al ser humano perdido, y lo hace por medio de Jesucristo. En Él se revela la naturaleza divina y humana de Dios, que se encarna para acercarse a nosotros. La incredulidad y el pecado ciegan al hombre, impidiéndole ver la verdad. Nadie puede venir a Jesús si el Padre no lo atrae primero. Es el amor del Padre el que despierta el deseo de buscarle, no el mérito personal. La gracia nos muestra que somos pecadores necesitados de arrepentimiento, y solo entonces la palabra de Dios puede echar raíces en el corazón.

La palabra de Dios y el arrepentimiento

La palabra de Dios no busca producir solo gozo inmediato, sino convicción y arrepentimiento. Ella penetra el corazón, quebranta el orgullo y conduce al perdón. No somos nosotros quienes hallamos a Dios, sino Él quien nos encuentra. Por eso debemos seguir a Jesús y no a hombres, porque solo Él tiene palabras de vida eterna y jamás decepciona.

La confianza en Dios en medio de las tormentas

Romanos 3 declara que no hay quien busque a Dios, pero aun así Él busca conquistar nuestro corazón. Dios desea coronar nuestra vida con su favor, tanto en esta tierra como en la eternidad. Su palabra debe guardarse en el corazón, como un tesoro que se protege de las dudas y pensamientos negativos. El corazón es el lugar donde Dios quiere habitar y transformar, no una caja fuerte para esconder deseos personales. Solo confiando en Él se encuentra esperanza en medio de las tormentas, porque sus promesas son el ancla firme que sostiene el alma.

La búsqueda de Dios con todo el corazón

Buscar a Dios debe hacerse de todo corazón, sin intereses ni condiciones. San Agustín expresó: "Tú me buscaste a mí para que yo te buscara". Cuando comprendemos esto, reconocemos que toda iniciativa proviene de Dios. Aunque la búsqueda puede enfrentar conflictos y pruebas, debemos mantenernos firmes, respondiendo con fe a las demandas del Señor. Los discípulos que abandonaron a Jesús no entendieron esto, pero Pedro confesó con certeza que solo Él tiene palabras de vida eterna.

La respuesta radical a la llamada de Dios

Seguir a Dios exige una respuesta radical. Cuando Él pide

pasos de fe, debemos estar dispuestos a dejar atrás todo lo que nos separa de su voluntad. Los que se alimentan del “pan del cielo” no necesitan buscar satisfacción en otro lugar, porque Jesús es suficiente. Vivir en esa dependencia produce libertad y plenitud.

La protección divina y la intimidad con Dios

La verdadera protección proviene de permanecer unidos a Dios. Como David expresó en el Salmo 63, su alma encontraba refugio en la presencia del Señor. Aunque el alma a veces se sienta turbada o abatida, la intimidad con Dios renueva la esperanza. Aun en la soledad y el sufrimiento, la comunión con Él fortalece el corazón y da sentido a la vida.

El sufrimiento y la dependencia de Dios

Dios permite el sufrimiento para mantenernos humildes y dependientes. Sin pruebas, el ego humano se engrandece. En la aflicción aprendemos a esperar en Dios, quien suple cada necesidad y purifica nuestro corazón. Así, el dolor se convierte en una oportunidad para acercarnos más a Él y confiar en su voluntad perfecta.

La búsqueda de intimidad con Dios

La búsqueda de Dios debe ser apasionada, como el ciervo que brama por las corrientes de las aguas. De igual manera, el alma anhela la presencia del Señor. En la naturaleza, el ciervo concentra toda su energía en buscar a su pareja durante el celo; así también el creyente debe concentrar su vida en buscar a Dios con intensidad y entrega. Solo en Él se encuentra la fuente de vida verdadera.

La oración y la búsqueda constante

La oración es el medio por el cual el creyente se conecta con Dios y expresa su deseo de intimidad. Buscar al Señor en medio de las pruebas demuestra el grado de amor y dependencia que tenemos de Él. Se pide a Dios que renueve el cielo espiritual, que llene nuestra lámpara con aceite fresco y nos mantenga firmes en su voluntad. Ser uno con Dios es el anhelo de toda alma rendida: vivir delante de su presencia, confiando y descansando en sus brazos.

Conclusión

Buscar a Dios con todo el corazón es responder a su iniciativa divina. Él nos busca primero, nos atrae con amor y despierta en nosotros el deseo de conocerle. La verdadera vida espiritual no nace del esfuerzo humano, sino de la gracia de Dios que provoca en nosotros el querer y el hacer. Que nuestra oración sea constante: “Señor, pon en mi corazón el celo de buscarte cada día más”.